

who depended on growing subsistence crops and cash crops, legal and illegal, to supplement their incomes.

Palacios also examines the sources of fragmentation in Colombian society. Colombia is a country composed of four major regions, requiring both regional and national perspectives. Given Colombia's divisive human demography as well as its physical geography, the emphasis on examining regional dynamics is important. Isolationism between urban and rural areas set the stage for many later events. The church also had a role to play as it weakened the state (and even worked against it at times) in remote areas of the country. Palacios scrutinizes each actor's part in Colombia's history, pointing out how the ability to dominate and control resources had much to do with understanding and manipulating Colombia's geography.

This book is excellent at explaining violence and the role it played in the history and psyche of the country. It effectively demonstrates how violence is interwoven into many aspects of Colombian life and culture and illustrates how violence has shaped its history. While Palacios does provide some answers to the violent nature of Colombian history, he also claims that violence does not dominate the historical landscape and should not be used as an excuse to avoid working towards solving the many problems the country faces.

The biggest shortcoming of this book is that it effectively ends in the early 1990s. The title is misleading; it leaves the reader disappointed and wanting more. We can only hope that Palacios will soon provide us with another book using his rich and interpretative style that will carry the history of Colombia through to the present.

Sheila Amin Gutiérrez de Piñeres

The University of Texas at Dallas

JUAN PABLO DABOVE: *Nightmares of the Lettered City. Banditry and Literature in Latin America, 1816-1929*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2007.

Juan Pablo Dabove es, sin lugar a dudas, uno de los intelectuales latinoamericanos que con más éxito ha explorado en los últimos años la relación que se produjo entre la violencia impuesta por el Estado y la violencia no estatal, durante la fase fundacional de los estados latinoamericanos y la instalación de un liberalismo político sostenido en una economía exportadora. Colocada esta última en los bordes del proceso que viven nuestros países luego de la independencia de España, su adopción representa una suerte de subversión popular que, en una primera fase (la que examina Dabove), se encarna en el bandolerismo. Apoyado

en los planteamientos de Eric Hobsbawm sobre el bandolero social, Dabove examina en este libro las imágenes del bandolero que se transmitieron desde lo que él llama “la ciudad ilustrada”, compuesta por novelistas, poetas y ensayistas que representan a las elites de sus respectivos países y que transformaron a este tipo de transgresores en protagonistas de sus obras. Para darle profundidad a su estudio, Dabove selecciona cuatro países: Argentina, México, Brasil y Venezuela, utilizando un elenco representativo de sus respectivas literaturas, suficiente, a nuestro juicio, para concederle validez a su estudio.

Dabove organiza su análisis en tres partes. En la primera, lo hace en torno al tema de la fundación de las identidades nacionales; en la segunda, en torno al conflicto que se produjo a mediados del siglo XIX entre la nostalgia conservadora de algunos sectores de la elite y las políticas radicales que promovían los liberales; y, la tercera, en el marco del triunfo del Estado-Nación.

En la primera parte, Dabove se encarga de mostrar el clima de vulnerabilidad de los sectores populares a través de *El periquillo sarniento* del mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi, publicado en 1816, cuando aún no concluía el proceso de la Independencia. Aquella vulnerabilidad ponía en marcha a un sujeto popular transgresor, que, en el caso de Argentina, se instalará en el ámbito rural, convirtiendo la dicotomía campo-ciudad en la dicotomía civilización y barbarie. Sarmiento, que se hace cargo de ella, transformará a su *Facundo* en la obra clave para entender la imagen que se forman del mundo rural y sus personajes los intelectuales que empiezan a pensar la Argentina del futuro. Precisamente, habría sido el contraste entre la ruralidad (barbarie) y la vida urbana (civilización) lo que obligó al Estado a transformarse en una máquina destinada a luchar contra los “forajidos errantes” que generaban inseguridad y amenazaban con ahogar a la ciudad ilustrada. *El Chacho*, otra de sus obras, confirma esta apreciación, contribuyendo a presentar tempranamente al mundo rural en Argentina como un obstáculo para el progreso y la supervivencia de la vida citadina.

En los casos de Brasil y México, se habría producido el mismo fenómeno, que Dabove examina a través de las obras de Franklin Távora e Ignacio Manuel Altamirano. El primero (1842-1888) habría puesto en escena al *cangaceiro*, convirtiéndolo, junto al *bandeirante* (ambos hombres de fronteras), en uno de los íconos del nacionalismo brasileño. En México, Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), considerado uno de los fundadores de la cultura nacional, habría hecho lo mismo con “Los Plateados”, cuyas aventuras en la novela *El Zarco* reproducen los conflictos que enfrenta la sociedad mexicana y los problemas que deben resolver los políticos liberales para contener la insurgencia popular, resumida en la banda de aquellos forajidos.

El análisis de Dabove es sugerente y provocador. El capítulo con que cierra esta parte (“Criminology. Banditry as the Wound of History”) deja entrever los

esfuerzos de la criminología positivista por sacar el conflicto social de la esfera de la política. De este modo, los transgresores caen en la categoría del “hombre criminal” que identificaron para ellos Lombroso en Italia, Raimundo Nina Rodríguez en Brasil y Julio Guerrero en México. La literatura muestra, sin embargo, lo contrario: el conflicto social no sólo se instala en el reino de la política; arranca, precisamente, de las condiciones que los sistemas políticos generan.

En la segunda parte, Dabove se sitúa en el vértice que se produce cuando las corrientes liberales y modernizadoras empiezan a desplazar a las posturas más conservadoras que todavía subsisten en nuestro continente. En esta fase, segunda mitad del siglo XIX, el bandido se convierte en un instrumento de crítica. En poco menos de cien páginas, Dabove recorre la literatura de los cuatro países examinados para demostrar los cambios que se producen en las figuras del bandolero. Parte del mexicano Luis Inclán, sigue con el venezolano Eduardo Blanco, cuya *Venezuela heroica* es el primer *best-seller* en su país; algunos autores argentinos como José Hernández y Eduardo Gutiérrez, autores de los célebres *Martín Fierro* y *Juan Moreira*, respectivamente; y concluye con la obra del mexicano Manuel Payno, *Los bandidos de Río Frío*.

En la última parte, Juan Carlos Dabove analiza el bandolerismo en la etapa en la cual se han impuesto los estados nacionales en la mayoría de los países latinoamericanos, a fines del siglo XIX y comienzos del XX. En la literatura de los cuatro países que examina, el bandolero aparece como el “hermano desviado”, de oscuro origen social, que ya no alcanza a poner en peligro al Estado y la Nación. Entonces es incorporado al relato, incluso como elemento de crítica social, cuando el escritor empieza a jugar el rol que más tarde se asumiría desde la sociología. Uno de los casos más ilustrativos es *Doña Bárbara*, que sigue representando en Venezuela la dicotomía civilización-barbarie, obra que se convierte en una suerte de reflexión sobre la violencia y el orden, y concluye con el triunfo del segundo cuando el Estado-Nación se impone en Venezuela.

En las conclusiones, Dabove resume las visiones del bandolero que la elite ha transmitido como expresión de la insurgencia rural. En primer lugar, hay un grupo de escritores que lo presentaron como un “otro”, radicalizado, que pone en peligro a la sociedad. Por lo mismo, esa imagen trasunta los miedos o tensiones de la elite, que ven en el bandolero un peligro para el proyecto nacional que proponen para sus respectivos países. Por otra parte, otro grupo de intelectuales presenta al bandolero como un instrumento de crítica. En este caso, el bandolero se mueve al interior de los conflictos de la propia elite y no como amenaza a su proyecto nacional. Es una especie de terapia a través de la cual los intelectuales se involucran en las políticas de su tiempo. Por último, hubo autores que presentaron al bandolero como el hermano desviado o el sujeto reprimido. Su presencia en la literatura es una especie de incorporación a la narrativa en

los orígenes del Estado nacional. Eran los soldados que marchaban a pie, los revolucionarios de la época o aquellos que defendían las fronteras. Para estos autores, los bandoleros forman parte del proceso de violencia que acompaña la formación del Estado.

Cualquiera sea el juicio que nos merezca el trabajo de Dabove, no cabe duda de que propone una serie de temas acerca de los cuales debemos seguir reflexionando. Por razones de espacio, sólo haremos referencia a los que nos han llamado más la atención

En primer lugar, ratifica la estrecha relación que existe entre la literatura, la historia, la ciencia política y la sociología, para mencionar sólo algunas de las ciencias sociales. El cientista social que renuncie a utilizar la literatura como una fuente de información, por encima de los propósitos del escritor y de su obra, renuncia equivocadamente a una forma de observar los escenarios sociales en los cuales se mueven los personajes del pasado. A nuestro juicio, la literatura pone en evidencia situaciones que no aparecen en otros testimonios, y Dabove lo demuestra cabalmente a medida que va conectando en sus páginas los procesos de formación de los estados nacionales con la literatura que tomó como protagonistas a los sujetos que los pusieron en peligro. Nadie discute que en los estados modernos es el propio Estado el que se reserva el derecho a ejercer una violencia legitimada por la norma jurídica; sin embargo, más allá de esta violencia, el Estado tuvo que enfrentar a aquélla que pusieron en marcha los grupos subalternos, mediante actos como los encabezados por los bandoleros que recorrieron los campos de nuestro continente. La literatura recogió este fenómeno y a través de obras clásicas nos coloca frente a un tipo de problema que no siempre se considera a la hora de examinar los procesos de construcción de los estados en América Latina. Por cierto, los escritores no lo hacen desde una postura no comprometida. Como el propio Dabove ha venido señalando en diversos trabajos, las narrativas sobre el bandidaje tienden, a la larga, a legitimar la represión de los enemigos del Estado y conseguir que éste se reserve el derecho a ejercer la violencia.

El segundo hecho que Dabove pone de manifiesto es la dicotomía que tempranamente se presentó en nuestros países entre el campo y la ciudad y que, probablemente, alcanzó su mayor expresión en Argentina. Este tema ha terminado cruzando nuestra historia, expresándose no sólo en el siglo XIX, sino a lo largo de todo el siglo XX. En el XIX el mundo rural se convierte en la gran amenaza para los afanes de progreso que impulsan las elites. Es claro que en la etapa que examina Dabove esto empieza con Sarmiento y concluye con Ezequiel Martínez Estrada y su célebre *Radiografía de la Pampa*, publicada en 1933. El mundo rural es presentado como la expresión de la barbarie que amenaza ahogar las esperanzas de un progreso que nuestras elites asociaron con

Europa. De esta apreciación se desprenden las políticas destinadas a domesticar esos espacios y exterminar a los sujetos que ponen en peligro los ideales de la ciudad ilustrada. En aquellos países donde el mundo rural quedó bajo el control de las propias elites, la amenaza provino del mundo indígena (Chile sea tal vez el caso más ilustrativo), cuya defensa del territorio y de sus prácticas culturales fueron interpretadas como otra amenaza al Estado y la Nación. En esos países (Perú y Bolivia, por ejemplo), la dicotomía civilización-barbarie se transformó en la dicotomía blanco-indígena. *Pueblo enfermo*, el ensayo de Alcides Arguedas publicado a comienzos del XX, resume en parte esta apreciación. Sin embargo, esta historia no concluye en ese momento; reaparece a mediados del XX, cuando las teorías del desarrollo dual ubicaron al mundo rural en un estado de letargo que debía ser arrastrado a la modernidad por los “polos” de desarrollo instalados, en la mayoría de los casos, cerca del mundo urbano; y, ya en pleno siglo XX, en esa imagen de “regiones perdedoras” que ha creado el neoliberalismo para referirse a las vastas zonas rurales que no han podido acoplarse exitosamente a los escenarios generados por la globalización. Ambas posturas dan cuenta de esa mirada hosca a la ruralidad. En América Latina no hemos sabido valorar el territorio, y la literatura, sobre todo la del XIX, a pesar de sus arranques románticos, terminó diseminando ciertas ideas sobre la ruralidad sintetizadas en los planteos de Sarmiento, que se proyectarían al futuro.

El último aspecto que queremos destacar es el carácter netamente masculino de la literatura sobre el bandolerismo, que corrobora la exclusión de la mujer no sólo de la narrativa, sino de los temas que ésta aborda. Si aceptamos con Dabove que la literatura sobre el bandidaje muestra una de las tensiones que se vivieron en la fase fundacional de los estados nacionales, la exclusión de la mujer no es gratuita. Fueron hombres los que construyeron el Estado y fueron hombres también los primeros en amenazarlo. La mujer es vista, apenas, como una extensión de la masculinidad, asumiendo un rol pasivo que conlleva otro mensaje no menos funcional para los intereses de la elite. En varias de las novelas examinadas en el libro, Dabove reconoce que el amor es una metáfora integradora que representa la consolidación de un proyecto nacional. Sin embargo, las relaciones románticas en la comunidad rural son destruidas por la acción de hombres depravados que destruyen el hogar y dejan a los hijos en una situación de extrema vulnerabilidad. Por esta razón, aquella comunidad no logra transformarse en la nación única o en la “comunidad imaginada” de Anderson – otro motivo para someter al mundo rural y reprimir a los transgresores que amenazan al Estado. De este modo, la narrativa recurre a la exclusión de género para legitimar un discurso legitimador de la violencia que promueve la elite.

Sin duda, el libro de Dabove, *Pesadilla de la ciudad letrada: bandidaje y literatura en América Latina, 1816-1929*, es una obra que nos ubica de lleno en

temas que reclaman reflexiones desde ángulos muy diversos. En los años en que la mayoría de nuestros países conmemoran el Bicentenario, el proceso de construcción de los estados nacionales, la violencia que conllevaron y los discursos legitimadores provenientes de distintos campos constituyen temas de candente actualidad, precisamente en los momentos en que los mismos estados-naciones establecidos en el siglo XIX empiezan a enfrentar nuevos cuestionamientos planteados por grupos que, desde la periferia del sistema, se sienten cada vez más excluidos. Estudio que estimula el debate, la lectura del libro de Juan Pablo Dabove no dejará indiferente al interesado en las materias que aborda.

Jorge M. Pinto Rodríguez y Oriana Oñate

*Universidad de La
Frontera, Chile*

ANGELINA SNODGRASS GODOY: *Popular Injustice: Violence, Community and Law in Latin America*. Stanford: Stanford University Press, 2006.

Este libro de la socióloga y activista de derechos humanos Angelina Snodgrass Godoy examina el fenómeno de la violencia contemporánea en América Latina. Su estudio se centra fundamentalmente en la Guatemala de la post-guerra, donde numerosos casos de linchamiento provocaron cientos de muertos y heridos. Su análisis se basa en informes producidos por las misiones de la ONU e informes de organizaciones de Derechos Humanos. A pesar de los peligros que supone realizar entrevistas en una sociedad polarizada y traumatizada, llevó a cabo más de cien, con activistas sociales, funcionarios gubernamentales y testigos presenciales de linchamientos.

Snodgrass Godoy procura comprender la aparente paradoja que significa la exigencia de mayor control social y normas punitivas más severas por parte de individuos que han sufrido en sí mismos la represión y la violencia de sus gobiernos. La autora nos advierte sobre la tentación de considerar la violencia presente en Guatemala como la mera continuación de cierta “cultura de la violencia” o de la repetición de prácticas durante la guerra civil. La violencia actual sería más bien producto de la conjunción de factores pertenecientes a los legados del terror, el impacto de los procesos de modernización sobre las comunidades, la estructura desigual de la sociedad y el efecto de las políticas neoliberales que profundizaron y radicalizaron dichas tendencias. Los diversos capítulos del libro examinan en profundidad dichos factores. Los legados del terror y la militarización de las comunidades que la guerra provocó son analizados en los primeros tres. En el cuarto es enfocado el impacto de la modernización sobre la solidaridad comunitaria, donde la irrupción de violencia aparece como un intento